

## COMO SAL Y COMO LUZ

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

---

## COMO SAL Y COMO LUZ

*Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas (...). Y sus discípulos fueron, y predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban*<sup>1</sup>.

Es el último encargo, como recoge el Evangelista San Marcos, que Jesús hizo a sus discípulos, antes de ascender a los Cielos. No les resultaban nuevas estas palabras. De una manera u otra, tanto con la palabra como con el ejemplo, el Señor había revelado innumerables veces la misión de alcance universal, que les iba a encomendar.

Por ejemplo, nada más comenzar su vida pública, Jesús recorría la Galilea —cuenta San Mateo— *enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino, y sanando toda dolencia y toda enfermedad en los del pueblo*<sup>2</sup>. Se contaban por millares los que atendían su palabra, los testigos de sus milagros. Al Señor le complacía particularmente reunir en torno suyo a los que le seguían más de cerca, a sus discípulos, con la intención de ir preparándolos poco a poco. De vez en cuando les apartaba de la muchedumbre, para dedicarles más tiempo. Un día, después de describir el camino que habrían de recorrer para alcanzar la vida eterna —las bienaventuranzas—, les hizo un elogio comprome-

(1) Marc. XVI, 15 y 20.  
(2) Matth. IV, 23.

tedor: *vosotros sois la sal de la tierra (...). Vosotros sois la luz del mundo*<sup>3</sup>.

Por haber escuchado de labios de Cristo esas palabras reveladoras, sobre los Apóstoles recae una misión que supera las fronteras de los pueblos. *Vosotros —comenta San Juan Crisóstomo— no habéis de preocuparos sólo de vuestra propia vida, sino de la de toda la tierra. A vosotros no os envío, como hice con los profetas, a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte, ni siquiera a una entera nación. No. Vuestra misión se extenderá a la tierra y al mar, sin más límites que los del mundo mismo*<sup>4</sup>.

Esas palabras resuenan en el oído de cada cristiano, cualquiera que sea el lugar donde habite. Cristo no sólo espera que conservemos sus enseñanzas: desea que las comuniquemos generosamente a los demás. *Llenar de luz el mundo, ser sal y luz: así ha descrito el Señor la misión de sus discípulos. Llevar hasta los últimos confines de la tierra la buena nueva del amor de Dios. A eso debemos dedicar nuestras vidas, de una manera o de otra, todos los cristianos.*

*Diré más. Hemos de sentir la ilusión de no permanecer solos, debemos animar a otros a que contribuyan a esa misión divina de llevar el gozo y la paz a los corazones de los hombres*<sup>5</sup>.

### *La vocación cristiana, vocación al apostolado*

Dios ha constituido la Iglesia con este fin: *propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y de esta manera hacer partícipes de la redención salvadora a todos los hombres y, por medio de ellos, ordenar realmente el universo entero hacia Cristo. La actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, recibe el nombre de apostolado. Y la Iglesia lo ejerce de diversas maneras por medio de todos sus miembros. La vocación cristiana es también, por su misma naturaleza, vocación al apostolado*<sup>6</sup>.

(3) *Matth.* V, 13-14.

(4) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 6.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 147.

(6) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 2.

Esta doctrina, sancionada solemnemente por la Iglesia en el Concilio Vaticano II, había sido propuesta por nuestro Fundador desde muchos años antes. *Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos permanecer pasivos. La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que representan a Cristo, porque han recibido de El los poderes sagrados. Vos autem estis corpus Christi (I Cor. XII, 27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, misioneros con misión —sin llamaros misioneros—, que tenéis el mandato concreto de negociar hasta la venida del Señor con vuestro trabajo responsable<sup>7</sup>.*

Ningún miembro del Cuerpo Místico de Cristo ha de considerarse eximido de este grave deber. *No se puede —son palabras del Señor— encubrir una ciudad edificada sobre un monte, ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre el candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa; brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos<sup>8</sup>. A lo que San Juan Crisóstomo comenta: es como si les dijera: yo he encendido la luz; pero que siga ardiendo, depende ya de vuestro celo apostólico. Y eso no sólo para alcanzar vuestra propia salvación, sino también la de aquéllos que han de gozar de su resplandor, y ser así conducidos como de la mano hacia la verdad<sup>9</sup>.*

El pensamiento de Jesucristo está puesto en todas las almas. A nadie excluye de participar de los beneficios de la Redención que ganó en la Cruz. Y ese afán lo transmite a quien se acerca a El, siempre, como lo hizo con sus primeros discípulos. *Desea contar con cada uno de nosotros para llevar su nombre a todos, para decir a todos que se han abierto los caminos divinos de la tierra.*

*Cristo nos llama con nuestro nombre, con voz fuerte, a ser corredentores; a ser, como los Apóstoles, portadores de una gran nueva; a ser instrumentos de salvación<sup>10</sup>.*

(7) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 16.

(8) Matth. V, 14-16.

(9) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 15, 7.

(10) Del Padre, Homilia, 26-VI-1979, en Crónica, 1979, p. 661.

### Participar en la misión de Jesucristo

Elemento esencial, constitutivo inseparable de la vocación cristiana, es el afán apostólico. Del Bautismo derivan derechos y deberes respecto a los demás, reponsabilidades concretas en el camino de otras personas hacia la vida eterna. Como enseña la Iglesia en el Concilio Vaticano II, esto es consecuencia de la unión de los cristianos con Cristo Cabeza: *insertos por el Bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, es el mismo Señor el que los destina al apostolado. Son consagrados como sacerdocio real y nación santa (cfr. I Petr. II, 4-10) para ofrecer hostias espirituales en todas sus obras y para dar testimonio de Cristo en todo el mundo*<sup>11</sup>.

El Bautismo, pues, introduce al hombre en la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, le constituye en miembro suyo, y *le perfecciona haciéndole divino y transmisor de lo divino*<sup>12</sup>. Para fortalecer esa unión y mejorar la idoneidad de instrumentos activos en la edificación del Reino de Dios, se administra el Sacramento de la Confirmación, que concede a los cristianos un título singular: el de ser *soldados de Cristo, sembradores de paz y de alegría, y hemos de procurar —con el buen ejemplo y con la doctrina— defender a otras almas, para que no caigan como presas del demonio. Y difundir la luz de Cristo, comunicar su doctrina a tantas personas sedientas de Dios*<sup>13</sup>.

Cada uno de estos dos sacramentos imprime en el alma su marca indeleble, el carácter, que —como decía nuestro Padre gráficamente— es como *la garra de Dios, que declara: éste es hijo mío predilecto, de los que lucharán por Mí y por sí mismos, para obtener la gloria*<sup>14</sup>.

Por el carácter, se distingue eternamente el bautizado de cualquier persona que no ha sido incorporada a Cristo por el Bautismo, pues imprime en su alma los rasgos del Señor. Desde el punto de vista teológi-

(11) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 3; cfr. const. dogm. *Lumen gentium*, n. 33.

(12) Pseudo Dionisio, *De ecclesiastica Hierarchia* 2, 1, 3.

(13) Del Padre, *Tertulia*, 20-XI-1977, en *Obras*, 1977, p. 528.

(14) De nuestro Padre, en *Dos meses de catequesis*, II, p. 665.

co, el carácter es una potencia espiritual <sup>15</sup>, participación del sacerdocio de Jesucristo, que da al hombre la capacidad de realizar unas operaciones que exceden la medida humana: son operaciones de Jesús por medio de sus miembros, los cristianos.

Esta participación en el sacerdocio de Cristo constituye en todos los fieles el sacerdocio común —distinto esencialmente, y no sólo en grado, del sacerdocio ministerial o jerárquico <sup>16</sup>—, por el que los cristianos, hechos *gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de Aquél que os sacó de las tinieblas a su luz admirable* <sup>17</sup>, prolongan en la tierra la misión sacerdotal, profética y real de Jesucristo. Por la función sacerdotal están llamados a dar frutos de santidad, convirtiendo su vida en oblación agradable a Dios, uniéndose al Santo Sacrificio de la Misa. La misión profética les impulsa a dar testimonio —ante los hombres— de la fe, de la esperanza y de la caridad que han recibido, mediante las buenas obras y también con la palabra. Por la función real, en fin, son enviados a santificar el mundo desde dentro, impregnando de sentido cristiano las realidades familiares, sociales, profesionales... <sup>18</sup>.

Nuestro Padre resumía así la gran dignidad y la misión sublime que todos los fieles tienen confiada: *el apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo, que le hace idóneo para guiar los hombres hacia Dios, enseñarles la verdad del Evangelio, y corregirlos con su oración y su expiación.*

*El cristiano dispuesto a servir es guía, maestro y sacerdote de sus hermanos los hombres, siendo para ellos otro Cristo, alter Christus, o mejor, como os suelo decir, ipse Christus* <sup>19</sup>.

(15) Cfr. Santo Tomás, S. Th. III, q. 63, a. 4 ad 2.

(16) Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 10.

(17) I Petr. II, 9.

(18) Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 33-36.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 86.

*Obligación de todos los cristianos*

Los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación fundamentan, pues, la obligación de hacer apostolado. Más aún, el precepto de la caridad, que es el mandamiento máximo del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su Reino y la vida eterna a todos los hombres, a fin de que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado, Jesucristo (cfr. Ioann. XVII, 3). Por consiguiente, a todos los cristianos se impone la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado en todas partes y por todos los hombres<sup>20</sup>.

El apostolado es obligación grave. Se nos pedirá estrecha cuenta de cómo hemos sabido ser sal y luz en medio del mundo, de cómo hemos ejercitado las capacidades que Dios nos entregó al hacernos miembros del Cuerpo místico de Cristo. Cuántas veces el Fundador del Opus Dei comentó la escena del paralítico de la piscina probática, aquella que tenía cinco pórticos, donde se reunían multitud de enfermos. Un Angel removía el agua cada cierto tiempo, y el primero que conseguía lavarse quedaba curado de cualquier enfermedad que padeciese. Aquel paralítico llevaba muchos años enfermo. Jesucristo se le acerca y le pregunta: ¿quieres curarte? (Ioann. V, 6). El, sin conocer quién le habla, responde: hominem non habeo (Ioann. V, 7), no tengo a nadie que me ayude; de manera que, cuando yo, arrastrándome, llego al agua, ya otro se me ha adelantado.

Sería una gran pena que se encontrasen alrededor de vosotros personas que pudieran decir lo mismo que aquel tullido: no tengo a nadie que me dé una mano, que me aclare la vista; por eso sigo metido en la sensualidad y en la porquería.

Apóstoles nos quiere Jesucristo. Siendo Dios, le bastaría decir: hágase la luz, para que al instante las tinieblas desaparecieran del mundo, y tantas almas se vieran empujadas a seguirle en todas partes. Pero respeta la libertad de todos y ha querido contar con nosotros. El desea que todos se salven, y ya veis que cada vez son más los que le abandonan. Ante esta reali-

(20) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3.

dad tremenda, hemos de reaccionar y responder al Señor: ecce ego, quia vocasti me! (I Reg. III, 8), ¡aquí me tienes, porque me has llamado! A la petición del Maestro no podemos contestar que no <sup>21</sup>.

Hay que huir, por tanto, de la comodidad, de la tendencia a no querer comprometerse en esta lucha de paz y de amor a la que todos estamos llamados. Más que nunca en estos momentos, cuando el bien de la Iglesia y del mundo lo exigen de modo especial, cada discípulo de Cristo ha de estar alerta y trabajar para extender el reinado de Dios entre los hombres.

Si admitieras la tentación de preguntarte —advierte nuestro Padre—, ¿quién me manda a mí meterme en esto?, habría de contestarte: te lo manda —te lo pide— el mismo Cristo. La mies es mucha y los obreros son pocos; rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies (Matth. IX, 37-38). No concluyas cómodamente: yo para esto no sirvo, para esto ya hay otros; esas tareas me resultan extrañas. No, para esto, no hay otros; si tú pudieras decir eso, todos podrían decir lo mismo. El ruego de Cristo se dirige a todos y a cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud, ni de ocupación. No existen excusas de ningún género. O producimos frutos de apostolado, o nuestra fe será estéril <sup>22</sup>.

La Iglesia ha querido dejar bien claro que el apostolado es tarea que compete a todos los bautizados, sin exclusión de nadie, por muy particular que sea su situación en la vida y en la sociedad. Ni siquiera la edad es inconveniente: el empeño apostólico ha de animar de igual manera a los adultos que a los de menos años. Los jóvenes deben convertirse en los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes, ejerciendo su apostolado personal entre sus propios compañeros (...). También los niños tienen su propia actividad apostólica. Según su capacidad, son testigos vivientes de Cristo entre sus compañeros <sup>23</sup>.

Estamos en primera fila, y no podemos ni queremos desertar de la pelea. Como nuestro Padre nos apremiaba, tú y yo nos hemos de encen-

(21) Del Padre, Tertulia, 13-IV-1981, en Crónica, 1981, pp. 497-499.

(22) Amigos de Dios, n. 272.

(23) Concilio Vaticano II, dechr. Apostolicam actuositatem, n. 12.

*der en el deseo y en la realidad de llevar la luz de Cristo, el afán de Cristo, los dolores y la salvación de Cristo, a tantas almas de colegas, de amigos, de parientes, de conocidos, de desconocidos —sean cualesquiera sus opiniones en cosas de la tierra—, para darles a todos un buen abrazo fraterno* <sup>24</sup>.

Este celo por la salvación de todas las almas, que se ha de manifestar en realidades concretas de apostolado, prenderá en nuestro corazón y en nuestra vida entera si se lo pedimos con confianza a la Virgen Santísima, Reina de los Apóstoles.

---

(24) De nuestro Padre, Tertulia, 12-VI-1974, en Catequesis en América, I, p. 287.

[Anterior](#) - [Siguiete](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)